

Levemente fantástico

Martín Blasco

Ilustraciones de Darío Mekler

loquele_o

La primera vez que vi a la gente

La primera vez que vi a la gente —o más bien, la primera vez que fui consciente de que la gente estaba ahí— fue desde la ventana de la oficina en la que trabajo.

Desde chica, tengo vértigo. No sé bien cuándo empecé a sentir que el piso se me alejaba cuando me subía a un lugar más alto que una silla, capaz que fue la primera vez que me subí al teleférico en Bariloche con mi papá o cuando me caí de la escalera colgando una guirnalda para mi cumple. No importa. Ahora soy adulta y tuve que pasar muchos años evitando las alturas. Disimulando, haciendo de cuenta que subir a una terraza era tan normal para mí como para el resto.

En un lugar como mi oficina, que está en un piso alto pero tiene ventanales de grueso vidrio, imposibles de abrir, no me afecta demasiado. De cualquier

manera, quizás por una cuestión de costumbre, al asomarme a una ventana, mi vista siempre se dirige hacia el horizonte. Y en el caso de mi oficina, con más frecuencia, para ver lo que sucede en el edificio de enfrente. Confieso que durante un tiempo largo estuve enamorada de un oficinista de ese edificio. Digo un oficinista, no sé cuál sería su trabajo; era un chico de mi edad que, a la misma hora que yo, solía asomarse a la ventana con su café en la mano y con quien una vez, y eso fue lo más lejos que llegó nuestra relación, levantamos ambos las tazas en señal de saludo y sonreímos de ventana a ventana, pero a quien luego no vi más. Imagino que lo habrán echado. Era tan lindo. Bah, eso creo, porque su cara no me resultaba muy definida a tanta distancia. Pero lo imaginaba tan lindo como yo quería.

Quizás fue eso, el ya no querer mirar más las ventanas del edificio de enfrente para no extrañarlo, lo que me hizo bajar la vista, mirar a la calle, como nunca hago.

Estamos en un piso veintidós. Aunque es una altura elevada, la calle se distingue bastante bien. Así que me quedé mirando hacia ese mismo lugar por el que todos los días camino para entrar al trabajo.

Una calle de lo más normal, que conozco de memoria: la parada de colectivos, la entrada del banco en la esquina, el quiosco de diarios (que ya vende cualquier cosa menos diarios), los autos que pasan. Entonces los vi. Otra sensación reemplazó al vértigo. La sensación de algo nuevo. La gente. Parados en la vereda de enfrente. Un grupo no demasiado grande, calculé que serían entre unas quince y veinte personas. Estaban juntas, una demasiado cerca de la otra.

Lo primero que pensé fue que se trataría de turistas, sacándole fotos a nuestro edificio, que es una de las joyas arquitectónicas de la zona. Pero no había cámaras ni celulares alzados. Me perturbó la falta de movimiento del grupo y, si tuviera que describir en una palabra lo que vi, sería: amorfo. Un grupo de gente amorfa. Me costaba llegar a ver los rostros, se me hacía imposible distinguir si en su mayoría eran hombres o mujeres, si había entre ellos niños o solo personas de menor altura que otras. Lo que estaba claro era que no iban a ningún lado. No avanzaban, no se movían. Solo estaban allí. Pensé en alguna posible manifestación, de las tantas que suceden a diario en la ciudad, pero, de serlo, era la manifestación más inmóvil de la historia.

Justo se acercó a la ventana Laura, la gerente de la sucursal y, sin pensarlo, se me ocurrió preguntarle al respecto.

—¿Y esa gente? —dije, señalando en la dirección en que se encontraban.

Laura, que apenas había notado mi presencia, salió de sus pensamientos, donde supongo que estaba sumergida, al escucharme. Tengo que aclarar que nuestras interacciones hasta ese momento nunca habían ido más allá del saludo diario. No tengo que trabajar directamente con ella; es una señora mucho más grande que yo y tampoco sabría de qué hablarle. Ella tampoco a mí, supongo. Me miró de arriba abajo, como evaluando si mi pantalón combinaba con mi camisa, que es algo que me hace dudar todas las mañanas cuando me visto. Luego, Laura miró hacia donde yo señalaba.

—¿Qué gente? —preguntó.

—La que está ahí abajo —respondí.

Me observó de una forma que solo podría describir como de leve desprecio, como si hubiese inventado la estupidez más grande del mundo para intentar empezar una conversación, y encima hubiera combinado mal los colores de la ropa.

—Siempre hay gente en la calle —dijo, y luego dio media vuelta y se fue.

Qué tarada, pensé. Yo no tenía el menor interés en iniciar una conversación con ella, solo quería marcarle lo curioso del hecho.

Después me olvidé. Porque el día trajo sus complicaciones y en mi trabajo no abunda el tiempo libre para mirar por la ventana lo que sucede allá abajo, en la calle.

Pero ese mismo día, mientras regresaba a mi casa en el auto, volví a verlos. Fue un segundo. Por el espejo retrovisor. En una calle distinta a la de mi oficina. La gente.

Me detuve en un semáforo y ahí estaban, a mitad de cuadra, sin hacer nada. Esta vez me llamó mucho más la atención no poder distinguir sus rostros. No estaban tan lejos como para que la imagen fuera tan borrosa. De hecho, tampoco podía distinguir bien los cuerpos, como si el brazo de uno continuara en el torso de otro, y cabezas se confundieran con hombros y piernas con panzas. Supuse que era un efecto extraño del espejo, pero cuando quise darme vuelta a ver, el semáforo había cambiado de color y ya estaba el típico pesado

tocándome bocina para que avanzara. Lo hice. Y la gente quedó atrás.

Al día siguiente, recuerdo —qué difícil se me hace recordar algo ahora— que mientras preparaba mi café, pensé en acercarme a la ventana, pero no lo hice. Volví directo a mi escritorio. No le di muchas vueltas, simplemente no tenía ganas de ver la calle. Ahora sé que me estaba protegiendo. No quería saber si la gente estaba o no. De cualquier manera, tampoco sirvió de mucho. Con el pasar de los días, la presencia de la gente se fue volviendo cada vez más fuerte.

Desde el supermercado, mientras yo compraba, los descubrí parados en la calle, inmóviles como siempre; en una plaza a la que suelo sacar a pasear a mi perro, quietos en una esquina. Los veía desde la ventana del bar en el que algunas mañanas tomo mi desayuno. A media cuadra de mi casa.

Para ese entonces, ya me había dado cuenta de dos cosas: la primera, que yo parecía ser la única capaz de verlos. Cuando intentaba comentarlo con alguien, me miraban como si estuviera loca. Así pasó con Gutiérrez en la oficina, con la moza del bar, con un matrimonio que suele pasear a su perro en la misma plaza que yo. Por primera vez

me hubiese gustado tener pareja —volví a pensar en el chico de la oficina de enfrente— o al menos alguna amiga de mucha confianza para contarle lo que me estaba pasando. Era un secreto difícil de soportar, demasiado para mis pobres y solitarias espaldas, al punto que, por primera vez, pensé en ir a ver un psicólogo. ¿Pero qué podía decirle? ¿En la calle hay gente? ¿Que a veces es una masa amorfa? ¿Y a qué me arriesgaba al hacerlo? ¿A que me encerrarán en un manicomio? ¿A perder mi trabajo? Mejor no decir nada.

La segunda cosa notable era que la gente aparecía cada vez más cerca. Si la primera vez había sido desde la distancia protectora de la altura de la oficina y la segunda desde el espejo retrovisor y a varios metros, en las siguientes, la gente se había ido acercando. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? Y, sobre todo, ¿por qué yo? Pues estaba claro que tenían algo conmigo, o querían algo de mí.

Luego de descartar teorías que no se sostenían, como por ejemplo que fuera algún problema en mi vista, intenté conseguir pruebas de su existencia. Con el celular siempre en la mano, me propuse sacarles fotos. Pero no había caso, todas salían

fuera de foco. O eso parecía: una foto más de gente en una calle cualquiera, fuera de foco.

Llegó la mañana en la que la desesperación me ganó. Estaba a punto de entrar en mi oficina cuando los vi, estáticos como siempre, en la esquina. Entonces, corrí hacia ellos. Quería enfrentarlos, gritarles qué querían de mí o, al menos, poder distinguir sus rostros, sus cuerpos, sus ropas, alguna particularidad. Pero por más que corría, la masa amorfa seguía siempre a la misma distancia. Inmóviles y, aun así, sin dejar que me acercase a ellos. Sin rostros y, aun así, burlándose de mí.

Habré corrido unas cinco cuadras hasta que me rendí. Me detuve agitada, recuperé la respiración. Sin poder evitarlo, comencé a reírme. La gente era invencible.

Ahora sé que siempre habían estado ahí. No importa que yo los haya descubierto ese día desde la ventana de mi oficina. Puedo retroceder en el tiempo, pensar en cuando era chica, mi barrio, las cenas familiares, el colegio, la adolescencia, los bailes, la facultad, cada etapa de mi vida, cada lugar en el que he estado. Y la gente siempre ahí. Borrosa, juzgándome, esperándome.

Es de noche. Despierto y abro los ojos. Mi habitación está apenas iluminada por la luz que viene del pasillo. La gente se encuentra alrededor de mi cama. Forman un semicírculo sin separarse. Mi perro no les ladra, porque no hay a quién ladrarle. Me siento en la cama. Nunca los tuve tan cerca, a solo centímetros y, aun así, no hay rostros. No hacen nada, y yo tampoco. No hace falta.

Siempre fui parte de ellos. Llenaremos las calles, pensaremos lo que piensa la mayoría, repetiremos lo que dicen todos. Somos la gente. Nada más. Es lo que somos.

